

THOMAS A. LATHROP, *Curso de gramática histórica española*, con la colaboración de Juan Gutiérrez Cuadrado (traducción de Juan Gutiérrez Cuadrado y Ana Blas); Barcelona, Ariel, 1984, 389 págs.

La bibliografía actual sobre Gramática Histórica española presenta un aspecto claramente desequilibrado: frente a la abundancia de estudios monográficos, la riqueza de datos acumulada y la variedad de análisis y metodología propuestos, las obras de alcance general siguen sin conocer la renovación deseada y exigida por los avances hechos en nuestra disciplina. La obra clásica, de referencia obligada, sigue siendo el *Manual* de Menéndez Pidal, cuya última revisión por el autor data de 1940; en torno a él, las obras de Hanssen, en la versión definitiva de 1913, y García de Diego, reelaborada en 1951; por lo demás, sólo manuales introductorios, casi siempre resumen de lo conocido por los anteriores, en buena parte realizados por extranjeros y con intenciones casi sólo didácticas o divulgadoras (las tres obras clásicas citadas de Gramática Histórica española no se distinguen, precisamente, por sus virtudes pedagógicas). Es cierto que la aparición de la *Morfología histórica del español* de M. Alvar y B. Pottier supuso un progreso importantísimo; pero en los otros campos tradicionales de la disciplina la situación no ha cambiado; así, el valiosísimo capítulo sobre "Fonología diacrónica del español" sigue sin renovarse y sin ampliarse en las sucesivas ediciones de la *Fonología española* de E. Alarcos.

En este sentido, la aparición en 1980 de *The Evolution of Spanish. An Introductory Historical Grammar* (Juan de la Cuesta-Hispanic Monographs, Univ. of Delaware) de Th. A. Lathrop no supuso ninguna novedad apreciable: al igual que en otras obras semejantes, más o menos recientes, surgidas en Estados Unidos, el autor, conocido por su estudio, junto a F. Jensen, del subjuntivo castellano medieval, se limitaba a exponer las líneas básicas de la evolución fónica y morfológica de la lengua española; como se señala en el prólogo, el tono de la obra viene dado por el público al que va dirigida: estudiantes primerizos de historia del español, poco o nada familiarizados con las lenguas románicas en general y con el español en particular, y desconocedores del latín. Por ello, llama la atención la relativa prontitud con que esta obra se ha vertido al español, así como la labor de revisión y enriquecimiento a que se ha visto sometida en este proceso. Y es precisamente de esta forma que ha adoptado en la versión española de donde hay que partir para cualquier juicio que se pretenda emitir sobre el valor y la pertinencia de esta obra en el mundo filológico hispánico: los adaptadores reconocen en su prólogo que los destinatarios, al menos en España y hasta ahora, son muy distintos, lo cual impuso la necesidad de reelaborar el libro original, no sólo traducirlo. Hemos de ver, pues, si la obra cumple su objetivo declarado de transmitir al principiante los conocimientos básicos de la materia, de acuerdo con lo que hoy se sabe: ni Lathrop ni sus adaptadores se han propuesto construir una nueva y definitiva *Gramática histórica española*, o una amplia obra de investigación científica en sentido estricto.

Dados estos presupuestos, la estructura del libro mantiene el esquema tradicional de las gramáticas históricas. Así, el Cap. 1 ("La herencia del latín vulgar", §§ 1-76) expone los rasgos fundamentales del "latín vulgar": comienza con una caracterización histórica general, para proseguir con los principales fenómenos fonéticos, morfológicos, e incluso sintácticos, que lo oponen al "latín clásico" y que anuncian las evoluciones románicas (del español, sobre todo). Nada nuevo encontramos aquí, y sí faltan datos que creemos básicos: p. ej., las palatalizaciones de *-j-*, *-dj-*, *-gj-*, o hay explicaciones

defectuosas, como la del origen de los tiempos compuestos románicos (§§ 56 y 58), o el desorden en la presentación de los pronombres (cfr. § 66). En el Cap. 2 ("Fonética histórica: evolución de los sonidos", §§ 77-151) se estudian los cambios fónicos constitutivos del español, de forma individualizada y sin que los agrupamientos de cambios paralelos o relacionados entre sí sobrepasen lo que estábamos habituados a encontrar en las gramáticas históricas pre-estructurales: se da el sonido del latín vulgar (con su antecedente latino-clásico) y su herencia en español, con las ocasionales etapas intermedias que puedan haber surgido. La disposición es la habitual también: el vocalismo en primer lugar, con la división entre vocales tónicas y átonas, y en éstas entre iniciales, finales e internas (protónicas y postónicas); a continuación, la evolución de las consonantes, dispuestas estrictamente según su posición en la palabra: consonantes y grupos iniciales, simples intervocálicas, grupos interiores (de los que sólo trata las consonantes "dobles" y los grupos en que surgió o había yod, organizados éstos de forma un tanto caótica, sin criterios claros) y finales. En dos ocasiones utiliza el criterio de hablar de "fenómenos": al tratar, al final del apartado sobre las vocales, de la inflexión vocálica por yod y wau (§§ 104-111), y al dedicar un estudio separado a algunos de los llamados "cambios esporádicos" (aunque en la obra no se emplee ni esa ni ninguna otra etiqueta para agruparlos): "Disimilación, asimilación y metátesis" (§§ 149-151), en el que se exponen, sobre todo, las evoluciones de algunos grupos consonánticos romances que, salvo indicaciones especiales, no habían sido tocados; el apartado sobre la inflexión, por su parte, es muy pobre, confuso, y aunque se le agreguen las observaciones que aparecen al estudiar los grupos consonánticos con yod, hay que decir que el resultado es deficiente en todos los aspectos. En las consonantes, la elementalidad de la exposición roza el error (y, por tanto, provoca confusión en el lector) al relacionar la sonorización de las sordas latinas con la fricativización de las sonoras latinas y de las nuevas sonoras romances (§§ 123 y sigs.); y donde se llega al error y confusión totales, en contradicción flagrante con lo que hoy se sabe sobre ello, es en la evolución de *b* y *v* latinas y romances (§§ 114, 124 y 128). Tampoco es muy aprovechable lo que dice sobre asibilaciones y palatalizaciones: así, encontramos (¡todavía!) las ecuaciones $tj > \hat{x}$ vs. $kj > \hat{s}$ (§ 136), o la afirmación de que "la yod de los grupos *bj* (*vj*), *dj*, *gj*, no se asimilaba nunca a las consonantes" (pág. 126), en contradicción con lo que dice casi a continuación (§§ 138 y 139) sobre $dj > y$, $gj > y$ (otro error: *cons.* + *dj* no dio \hat{x} sino \hat{s} , punto éste inexplicable aún en la evolución de las antiguas sibilantes). El Cap. 3 ("Morfología histórica: la evolución de las formas", §§ 152-207), en el que sigue también el orden tradicional en la disposición y clasificación de las partes de la oración, es correcto en líneas generales, pese a la simplificación, a veces considerable, de los problemas. No deja de haber aspectos discutibles, como la inclusión de un párrafo sobre "Prefijos y sufijos" (§ 157) tras el sustantivo, fuera de todo análisis sobre la derivación de palabras en español (no hay nada semejante, por ejemplo, tras el verbo); o la caótica serie: "Demostrativos" (§ 162), "Relativos e interrogativos" (§ 163), "Palabras afirmativas y negativas" (§ 164: ahí incluye, junto a los tradicionales indefinidos, adverbios como *semper* o *iam*), "Posesivos" (§ 165), "Numerales" (§§ 166-167) y "Pronombres personales" (§ 168). Por el contrario, la exposición de la morfología histórica verbal, aun en su simplicidad (y con algunos errores), no es del todo desacertada.

La obra se cierra con tres apéndices, debidos al traductor y adaptador Gutiérrez Cuadrado: "Nociones de Fonética y Fonología" (págs. 205-216), "El tránsito del español medieval al moderno: reajuste fonológico" (217-224) y "Comentarios de texto" (225-334). Los tres enriquecen notablemente la obra original, y presentan por ello quizá

mayor interés para el estudiante primerizo en la materia. Hay también en ellos puntos dignos de crítica: p. ej., el cuadro de "fonemas" consonánticos latinos (en el que se incluyen indebidamente *j* y *w*) frente al de "sonidos" consonánticos españoles (en el que aparecen, por tanto, con el mismo rango *p*, *b* y *ð*) (pág. 211); las transformaciones en el sistema durante el Siglo de Oro necesitan mayor matización en aspectos de difusión espacial y cronología (así, en la igualación de *b* y *v* o en la desaparición de *h*- < *f*-), y una redacción más precisa en lo referente a las sibilantes y a la confusión andaluza (sólo una muestra: en los ss. XVI y XVII, contra lo que en el libro se dice (pág. 223), no se hablaba de *ciceo* o de *siseo* andaluces). En cuanto a los comentarios de texto (se analizan fragmentos del *Cid*, Alfonso X, Juan Ruiz y Arcipreste de Talavera), no se escapa del peligro común: convertir el análisis de cada texto en un pequeño tratadito de gramática histórica; por otro lado, como también es habitual, el estudio sintáctico de los textos es escasísimo (sólo se reseñan fenómenos concretos). Por último, pese a las declaraciones del autor, no queda claro si en un comentario diacrónico de textos hemos de atender sobre todo al propio texto o si hemos de realizar un ejercicio cronológico en el que el texto es sólo un pretexto (con frases como: "el texto ha de ser anterior a tal fecha", o "el texto presenta ya una situación normal", etc.). No obstante, este último apéndice constituye una de las aportaciones más valiosas de la versión española.

Finalmente, el libro presenta una "Bibliografía selecta" (págs. 335-355), aceptable y adecuada al contenido del libro (Fonética y Morfología históricas), un "Glosario de expresiones filológicas" (357-366) y un "Índice léxico" (367-387), muy útiles para los que se acerquen por primera vez a la Lingüística histórica y para el manejo de la obra.

Como consecuencia de todo lo expuesto, puede afirmarse que la obra de Lathrop, aun corregida, no aporta nada a la Gramática histórica española. Ni en datos ni en metodología se va más allá de lo consagrado en las obras clásicas de la materia, e incluso se omite mucho de lo que sabíamos por Hanssen o Menéndez Pidal o de lo descubierto en las investigaciones posteriores. Es posible justificar esta simplificación (de hecho, en los prólogos así se hace) por el tipo de público al que va dirigida: no se trata de un trabajo de investigación, sino de una divulgación de los rudimentos de la disciplina. Pero también desde este punto de vista, el único que explica la existencia de esta obra, puede decirse que no se ha conseguido el objetivo propuesto. No es sólo que la simplicidad lleve a una falsa apariencia de claridad, que puede ser muy peligrosa para quien se inicia en materia tan compleja, sino por la abundancia de errores y defectos en la exposición misma de los hechos que se presentan, así como por el desorden con que a veces se presentan fenómenos unitarios (lo dicho más arriba sobre la inflexión vocálica podría aplicarse a otros casos). Hemos señalado ya algunas muestras, pero la lista, en cuestiones más de detalle, podría continuar: p. ej., ¿por qué se dice que *cantidad* y *calidad* son cultismos (§ 13, pág. 32), si acaba de explicar que en español no se conserva *kw*- + *a* átona?; ¿cómo se agrupan las monoptongaciones, "de más difícil explicación" (§ 81c,II, pág. 88), de *siegl*o y *entriego*?; en el paso *s*- > *š*- (§ 119b, pág. 112) no se ha pensado en influencia "mozárabe", sino morisca; ¿cómo se da todavía, sin más, la etimología *HISPANIONE* > *español* (§ 153a, pág. 139)?, etc. (incluso olvida el autor que *pues* y *después* no son en español preposiciones: § 206, pág. 199). De estos errores tampoco están libres los apéndices: véanse la curiosa evolución *yente* → *gente* de la pág. 224 (contra lo que se dice en las págs. 111 y 248), el paso *męa* > *miea* > *mia* de la pág. 272 (contra § 165, pág. 150), o la confusión de imperfecto y futuro de subjuntivo que se repite en la pág. 280. Todo esto hace muy dudoso el valor pedagógico, introduc-

torio de la obra originaria y de su versión española. En realidad, la necesidad en que se vieron los traductores de revisar y ampliar el original apuntaba al fondo de la cuestión: no había en absoluto por qué traducir el libro de Lathrop, ni mejorarlo, sino hacer otro. Ésta es la verdadera exigencia que se nos plantea.

RAFAEL CANO AGUILAR.
Universidad de Sevilla.
(Depart. de Lengua Española).

ANTONIO QUILIS, *Fonética Acústica de la Lengua Española*, Madrid, Gredos, 1981
(19,5 × 14), 500 págs.

Con creciente interés y expectación hemos seguido la historia de este extraordinario libro hasta su reciente aparición. Conocimos los diversos trabajos de su autor —objetivados en diversos artículos— que nos mostraban cómo se aplicaban con rigor científico los nuevos métodos de la fonética acústica en el estudio de los segmentos y suprasegmentos del español. La experiencia personal en el Laboratorio de Fonética del C. S. I. C., cuyo director es el Prof. A. Quilis, me hizo ver la importancia de una obra como la presente. Todos estos antecedentes explicaban la alegría con que recibimos este libro, que será un poderoso impulso para todos aquellos que se interesen por el estudio científico del nivel fónico del español y de otras lenguas.

El texto está dividido en 15 capítulos. Tiene una amplísima bibliografía y dos valiosos índices: uno de materias y otro de nombres propios.

En el prólogo, su autor sintetiza los dos motivos que lo han movido a componer este libro: “en primer lugar, proporcionar a los estudiosos —especialmente de nuestro gran mundo hispánico— unos elementos de fonética acústica que les puedan servir de base para sus investigaciones; en segundo lugar, tratar de establecer las características acústicas de nuestra lengua”.

En relación con el primer propósito, el libro contiene capítulos muy didácticos sobre la comunicación, las características físicas del sonido, la estructura y funcionamiento del oído, así como sobre los principios y características funcionales de los aparatos electroacústicos. A partir del capítulo V (“Los rasgos distintivos”), se inicia la caracterización y descripción de los segmentos vocálicos y consonánticos. En el estudio, y en la bibliografía, se recogen las realizaciones no sólo de España, sino que también de Hispanoamérica. A continuación se estudia la sílaba, el acento y, finalmente, la entonación. Los esquemas, sonogramas, tablas estadísticas, etc., permiten visualizar fácilmente cómo lo fonético se transforma en representación o imagen gráfica, gracias al instrumental del Laboratorio de Fonética.

Antes de terminar esta reseña, queremos resaltar que el libro es una excelente síntesis de teoría y experimentación, reflejo de los muchos años de investigación del Prof. A. Quilis y su equipo.

Finalmente, recordando el deseo del autor de ser útil con su libro a los investigadores y estudiosos, esperamos que su obra sea un gran estímulo y fundamento para multiplicar las investigaciones de fonética acústica en el ámbito de las lenguas hispánicas.

HERNÁN URRUTIA CÁRDENAS.